ADELA CARBONE Y JOAQUIN F. ROA



La Hermanastra

COMEDIA EN UN PRÓLOGO TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24.
1923



LA HERMANASTRA

LA HERMANASTRA

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ADELA CARBONE Y JOAQUÍN F. ROA

Estrenada en el TEATRO REY ALFONSO, de Madrid, la noche del 7 de Septiembre de 1923.



MADRID
Tipografía Mora-Zaballos
Carrera de San Francisco, 9
1923

A nuestros buenos amigos, Amparo Astort y Pedro Zorrilla, magníficos intérpretes de esta comedia, con admiración y gratitud,

Adela Carbone.
Joaquín Roa.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESTEFANÍA (30 a 35 años).............	Amparo Astort.
LIBRADA (60 años)....................	Amelia Sánchez.
MARÍA ELENA (20 a 25 años)...........	Juanita Ferrer.
PACHITA (20 años)....................	Josefina H. del Río.
UNA DONCELLA	Manolita Méndez.
ANDRÉS (20 a 25 años)................	Juan de Dios Muñiz.
DON INDALECIO (50 años)...	Pedro Zorrilla.
QUINITO (25 años)....................	Joaquín Roa.
DOMINGO..............................	Enrique Lorente.
UN CRIADO............................	Emilio Granja.
ROSARITO.............................	N. N.
CACHITO	N. N.

Derecha e izquierda del actor.



PRÓLOGO

ESTEFANIA, a telón corrido.

Público amado y señor: Soy la hermanastra solterona que está aislada, que está triste y que no vivió la vida sentimental y apasionada.

En muchos hogares crece esta rama parásita y desdeñada. Es la que reprende a los hijos de los otros... La que se afana el día que hay fiesta en la casa... La que no baila y se pone un vestido arreglado de su hermana, de su tía o de su madre, que ha muerto hace muchos años. Aquella a quien todos consideran como un lastre, como una *carga*. La que va al teatro cuando hay que acompañar a las niñas, y se queda en casa cuando el espectáculo es interesante. Relegada a un segundo término, esta criatura, habitualmente comprensiva, forma de su posición una atalaya desde donde ve los acontecimientos.

Cuando advierte el peligro, no se la cree: se sospecha que son venganzas incubadas por la envidia. Cuando pone lenitivo al dolor, no se le agradece el bien: es lo menos con que puede pagar la hospitalidad recibida. De este modo, cuando alguien compadecido le tributa una ternura, ella

desconfía... Observa... Y como el amor que no es deseo no insiste al ofrecerse, esta mujer—paria de las familias, el eterno convidado sin pareja en los festines de la vida—, vaga melancólica por el boscaje romántico, espantando el ave azul de la ilusión con sus pasos resonantes de mujer que desconoce lo que es atravesar en puntillas un corredor sombrío o descender una escalinata llevando apretados sobre el pecho, como un escudo, unos zapatitos delatores.

El autor ha simpatizado con la protagonista de esta historia de abnegación y desencanto. Ha podido presentar una heroína excesivamente fascinadora, buena, de una transparente bondad visible en todo. Como debieran ser todas las mujeres... Como pueden ser, cuando quien escribe lo dispone así.

Pero... no; no es justo que se elija siempre a las mujeres de mayor fascinación. Basta con que en la vida ocurra eso. En nombre del autor y en el mío, os pido perdón, si, como puede ocurrir, no basta la intención para el acierto.

TELÓN



ACTO PRIMERO

Una sala amueblada severamente. Al foro ventanal amplio. Una puerta a la derecha y dos a la izquierda.

ESTEFANIA, ROSARITO y CACHITO. Luego LIBRADA.

ROS. Sigue contándonos, Estefanía, sigue contándonos.

EST. Pero, chiquillos, ¿no os cansáis todavía?

ROS. No, no. ¿Verdad que tú no te cansas?

CACH. No, no.

EST. Bueno. Pues señor... Este era el señor Bosque que tenía mucha envidia al señor Cielo, porque el señor Cielo tenía una túnica recamada de estrellas, y el señor Bosque sólo tenía una túnica verde sin tan primorosos bordados. Entonces... Pasó un hada. .

LIBR. *(Entrando por la 2.ª izquierda.)* Señorita, que son las once y media y todavía no se qué hacer para la comida.

EST. ¿Pero no ha hecho ya la compra?

LIBR. Sí, señora. Pero, como quiere usted estar en todo, no quiero disponer por mi cuenta, que luego son las discusiones por si al niño le gustan más las lentejas por la noche que al medio día, por si al niño le cansan ya los pescados...

EST. Bueno... Bueno.. Supongo que hoy no habrá gastado tanto como ayer... *(Revisa la cuenta.)*

LIBR. Pero, señorita mía, ¿cómo quiere que se haga la compra con menos? Yo, bien lo sabe Dios nuestro Señor, que regateo hasta no poder ni pasar por muchos puestos del mercao .. Y como luego al niñín hay que darle lo mejor de lo mejor... ¿Por qué no se suprime un plato, señorita? Un postre, pongo por ejemplo.

EST. ¡Jesús! No disparate, Librada. ¿Vamos a quitarle al chico sus gustos?

LIBR. Vamos, que ya no es un corderillo, que bien hombre es.

EST. Para usted y para mí debe ser nuestro niño, y no sé por qué vamos a privar a Andrés...

LIBR. ¡Ay! Ojalá se lo agradezca siempre lo que hace usted por él. Que bien se podía pasar sin el abono al teatro y sin tanto periódico y sin tanto libraco, que cuestan un dineral y no sé para qué sirven... Mi padre fué un hombre de provecho y tuvo olivares, molinos y los graneros bien provistos... y nunca supo de letras, ni de latines... ni otras complicaciones. Sólo supo rezar, que buen cristiano sí lo era.

EST. Ya estamos en las mismas de siempre.

LIBR. Sí, señorita. Y mi marido, ya se lo ha contado muchas veces...

EST. Muchísimas veces.

LIBR. Ya ve usted, republicano fué y hablaba en las elecciones y había estao en los Madriles y sabía no se qué de cosas de federación, que ya me parece que es saber... Pues consiguió arruinarnos a tóos y muerto quedó el pobre de un berrinche un día de Agosto por haber discutido en cuestiones políticas... Créame, señorita, menos periódicos y menos gastos en libracos y menos funciones de teatro y más solomillos y más postres de lo mejor...

EST. Ay, Librada, ¿usted cree que es posible que estemos siempre como el perro y el gato? Si usted persiste en esa actitud tendré que despedirla.

LIBR. ¿Despedirme a mí, señorita? ¿A mí? ¿Al ama del Andresín nuestro? ¡El señor del cielo no se lo tome en cuenta!... ¡Herejía parece más que palabra de cristiano! ¿Pero es posible? ¿Echarme después de tenerme toda la vida esclava?

EST. Calle, calle, Librada.

LIBR. Perdóneme, señorita... No hablaré más de nada. Pero callada o habladora no me diga usted nunca que deje la casa... ¡Me daría mucha tristeza! He visto crecer al niño... Andresín ya es un hombre.

EST. ¡Un hombre! ¡Un hombre! Bien ha padecido hasta conseguirlo...

LIBR. ¿Y qué tiene de extraño? ¿Cómo podía pedirse formalidad a un cominín como era nuestro Andresillo, cuando el hijo mío empezó a bregar con libros y más libros?... Demasiado bueno ha sido, que otro en su lugar... Criado sin un padre, sin una madre...

EST. Por eso mismo, Librada, por eso mismo era preciso que fuera hombre antes que otros muchachos. Por eso mismo yo, aun a trueque de perder su cariño, de que me mirara como a un enemigo, tuve que hacerme fuerte imponiéndome a sus voluntariosas fantasías para realizar el milagro de su educación. Esa educación que me ha costado tantas lágrimas... tantas inquietudes y tantos sacrificios. Pero, en fin, dejemos esto. Y vosotros, pequeñines, a vuestro piso, que ya habéis jugado bastante. Ande, Librada, suba usted con ellos.

LIBR. Vinir, venir conmigo. Que mareáis más... Buena le ha caído encima a la Narcisa con vosotros... *(Vanse bulliciosos tirando de las faldas de Librada. Estefanía vase por la 1.ª izquierda.)*

AND. *(Dentro.)* Cachito, que te puedes caer; no seas malo. *(Entrando con Quinito por la derecha.)* Entra hombre, y tranquilízate.

QUIN. No, si ya estoy tranquilo... Pero, créeme, que es para liarse a tiros con ese tío...

AND. Suegro, hombre.

QUIN. ¿Suegro mío? ¡Cá! Yo me caso con su hija si es preciso porque la quiero; pero no consiento que sea mi suegro ese tío...

AND. Anda, siéntate... Vamos a ver, ¿tú quieres a Pachita?

QUIN. Hombre, ¿no te digo que me voy a liar a tiros con su padre?

AND. Esa no es una razón. Pues yo me encargo de convencerle.

QUIN. ¡Anda! Que las vas a pasar más que negras. El anónimo le vá a caer como un tiro.

AND. Chico, deja la monomanía de los disparos. Con el anónimo lo que has hecho es perjudicarte. *(Pasa Librada de derecha a izquierda.)*

LIBR. Buenos días.

QUIN. Muy buenos.

AND. ¡Hola!

QUIN. Estoy dispuesto a todo.

AND. ¿Y le has enviado un anónimo adónde?

QUIN. Al Casino. Va a dar un brinco cuando lo lea, que van a creer que hay fuego.

AND. ¡Já, já! Es muy gracioso.

QUIN. No te rías, que lo que a mí me pasa es para liarse a tiros.

AND. ¿Y qué le dices en el anónimo?

QUIN. Aproximadamente que no le salto la tapa de los sesos porque soy un entusiasta de la liga protectora de animales. Que se despida de su hija porque es una pena que él sea su padre y que acaso a estas horas haya ocurrido un rapto.

AND. ¿En dónde?

QUIN. En el pueblo, hombre.

AND. ¿Y quiénes?

QUIN. No me preguntes tonterías. Nosotros.

AND. ¿Me vas a raptar a mí?

QUIN. Vete a paseo. ¡A Pachita!

AND. Como te veo aquí conmigo...

QUIN. Porque ella no quiere, que sino...

AND. Acabáramos. Es decir que con lo que has hecho sólo has conseguido producir una alarma inútil.

Cuando se piensa en semejante barbaridad se hace si ella quiere y sin decirlo. ¿Para qué?

QUIN. ¿Ah, sí? Si no puede ser. ¿Por qué será uno tan primo...? ¿Por qué no habré cortejado a la chica del estanquero, que es un hombre simpático y cordial...? Con decirte que cuando me ve, me llama y me regala un Romeo y Julieta, al mismo tiempo que mirando a la chica muy sonriente, me dice: ¡Romeo y Julieta! ¡Simbólico y oportuno, pollo!

AND. El estanquero sabe lo difícil que es casar a una criatura de treinta y cinco años y regularmente fea...

QUIN. Pero, ¿qué quieres? El padre es simpatiquísimo... Y no se opone y hasta da facilidades...

AND. Y cigarros.

QUIN. No como este pedazo de atún...

AND. Quinito, que insultando al padre de esta manera estás poniendo en mal lugar a tu novia.

QUIN. Estoy que no se me puede aguantar. *(Se pasea nervioso.)* Oye, me podrían hacer una tila. O si no, déjalo. Me voy al Casino y allí la tomaré en la biblioteca, solo, sin que nadie me moleste.

AND. Te vas a encontrar con tu suegro.

QUIN. ¡No! ¡Suegro, no! Yo me caso con su hija, pero no acepto ese suegro.

AND. ¡Que te alivies!

QUIN. ¡Si me da la gana! Perdona, chico. Voy a que me den tila.

AND. Espera, hombre, espera. Te acompaño. No quiero que hagas atrocidades. *(Hacia la izquierda.)* ¡Estefanía!

EST. ¿Qué?

AND. Que me voy. Hasta luego.

EST. No tardes; que estés a la hora de comer.

AND. Descuida. Ya ves, todo hay que perdonarlo. A mi hermana, en cuanto falto a las horas que ella ha reglamentado, le da por hacerme una tragedia... Es su flaco... Estudia tú el de tu suegro y verás cómo no ocurre nada.

QUIN. ¿Estudiar yo? No estudio las asignaturas... Porque

me dan repugnancia... Conque excuso decirte cómo voy a estudiar el flaco de ese animal.

AND. ¡Que es tu suegro! *(Vanse por la derecha. Entra Librada mirando al suelo.)*

LIBR. Seguro... Seguro... Visita de Quinito... Colillas y barro de los zapatos en el suelo... ¡No lo dije! Como es tan nervioso... No se da cuenta de que es un sucio... *(Va limpiando con la escoba que ya traía prevenida.)* ¡Ea! Hasta otra. *(Suena el timbre violentamente.)* ¡Vaya! No nos dejarán tranquilas. *(Sale y vuelve con don Indalecio y Pachita por la derecha.)*

INDA. Hola, Librada.

PACH. Buenos días.

LIBR. Buenos días. Voy a llamar a la señorita. ¡Señorita! ¡Señorita!

INDA. ¡No pongas esa cara de compungida, niña!

PACH. ¡Papá!

LIBR. *(Mirándoles.)* ¿Qué? ¿Ha ocurrido alguna desracia?

INDA. Ocurrirá.

LIBR. ¡Jesús!

EST. *(Entrando.)* Pachita. *(Se besan.)* Don Indalecio, ¿qué tal?

LIBR. Echando las muelas, Estefanía.

LIBR. A sus años y echando las muelas...

INDA. Por no echárselas yo al mamarracho que yo me sé...

PACH. Papá...

INDA. Hija... Ustedes dispensen, pero tengo confianza.

EST. Ya, ya... ¿Qué le ha ocurrido?

INDA. Usted sabe que lo he dicho muchas veces. Los granujas me son simpáticos, porque pueden llegar incluso a ser ministros; pero los brutos me indignan... ¡Yo soy muy bruto y hablo claro, y ustedes dispensen!

LIBR. Sí que trae usted buen humor...

INDA. Estefanía, usted es una mujer inteligente.

EST. ¡Por Dios!

INDA. Nada... Usted es inteligente. ¿Cree usted que he

educado yo a mi hija para que la pretenda un zascandíl cualquiera?

EST. Hombre, usted no puede evitar que pretendan a Pachita...

INDA. ¡Pues lo impido! Niña, ve al gabinete. *(Dándose cuenta.)* ¡Ah! Usted perdone, Estefanía, creí que estaba en mi casa.

EST. Y lo está usted. Ande, Librada, acompañe usted a Pachita.

LIBR. Vamos, niña, vamos. Es bruto este hombre. Sí señor, es bruto. *(Salen las dos por primera izquierda.)*

INDA. ¡Ah! ¿Y Andrés?

EST. ¡Eh! No era a Andrés a quien usted se refería.

INDA. Es usted una mujer inteligente. Me refería a Peñasco.

EST. Quinito Peñasco... ¡Já, já!

INDA. ¿Le hace a usted gracia? Claro, es un imbécil.

EST. No, es un buen chico.

INDA. Vá de historia. Yo era feliz... Desde que tuve la desgracia de quedarme viudo consagré mi vida, como usted sabe, a esta niña... que es una preciosidad por cierto... Nadie la cortejaba, porque al olfatear tan solo una mirada equívoca, con el gesto nada más le demostraba yo al indiscreto que era hombre a quien se le hinchaban las narices... y capaz de hinchárselas a toda la humanidad.

EST. ¡Don Indalecio!

INDA. Soy muy bruto, no tengo otro defecto y no lo puedo remediar... Usté perdóneme.

EST. Bueno, bueno.

INDA. Un día me percaté de que Peñasco, olvidando los respetos que yo debo merecer, se permitía la libertad de pasear esta calle; a pesar de que le apuñalaba con los ojos y a pesar de que más tarde le indiqué la posibilidad de que, como tengo influencia, el alcalde de barrio le iba a prohibir el paso por las dos bocacalles. Bueno, pues a pesar de todo esto, continúa molestándome con su insistencia amorosa...

EST. Pero, si el muchacho está enamorado...

INDA. No lo tolero, Estefanía... ¡No me es simpático! ¿Qué quiere usted que le diga? ¡No me es simpático!

EST. Creo que exagera usted, D. Indalecio. El muchacho no digo que le convenga a Pachita; pero no debe usted demostrar esa oposición porque es peligrosa... ¿Y por qué no ha de serle simpático un enamorado?

INDA. ¡No me es simpático! ¿Usted cree que me puede ser simpático un hombre que tiene el mal gusto de apellidarse Peñasco? ¿Cómo me va a gustar que el futuro de mi hija sea Peñasco? Que no acabe la carrera nunca, tiene poco arreglo. Pero tiene arreglo lo del apellido. Tendría que volver a nacer y tampoco permitiría yo que mi hija le esperara.

EST. Pues ignoraba que tenía usted estos disgustos. Pachita no me ha hablado nunca...

INDA. A eso vengo, a suplicarle que usted le aconseje como cosa suya... Usted es una mujer de buen sentido.

EST. Gracias, don Indalecio; le agradezco la confianza que le merezo, pero considero inútiles los consejos... Aparte, de que yo no tengo la misma opinión que usted de Quinito Peñasco... Ni creo que este apellido sea un defecto del muchacho.

INDA. Entiéndame, Estefanía; yo no puedo consentir que mi hija tenga amores con un muchacho que no tiene por lo menos una profesión. En el casino siempre está tumbado. Descansa más que nadie el niño.

EST. ¿Es posible?

INDA. ¿Cómo que si es posible? Lo sé de muy buena tinta.

EST. ¡Ah! ¿Si?

INDA. Como que se echa así; se echa en un sillón enfrente del mío.

EST. Entonces es que le imita.

INDA. Pero yo soy propietario... ¡Qué narices!

EST. Vamos, siempre será exagerado lo que usted dice. A mí me han dicho que estudia Derecho.

INDA. ¿Derecho? ¡Ni al levantarse de la cama!... Nada, Estefanía, no me es simpático.

EST. Sea usted razonable.

INDA. No puedo.

QUIN. *(Entrando.)* ¿Se puede?

EST. Adelante, Quinito, adelante.

QUIN. ¡Caray, el orangután! *(Muy correcto.)* ¿Qué tal, Estefanía? *(Va a darle la mano a don Indalecio y éste vuelve la espalda.)*

EST. *(Rompiendo la situación.)* Y qué, ¿qué trae de bueno el señor Peñasco? *(Don Indalecio casi dá un bote al oir el apellido.)*

QUIN. Pues, que quería hablar con Andrés...

EST. Andrés... dêbe estar ahora en el Casino.

QUIN. En el Casino... ¡Caray! ¡Caray! Bueno, pues con su permiso me marcho. Tengo que verle...

EST. Si quiere usted esperarle.

INDA. ¡No!

QUIN. ¿Cómo?

INDA. Nada, nada.

QUIN. Pérdone usted, Estefanía, y si acaso Andrés viene ahora, dígale que tengo necesidad de hablarle. Buenos días. *(Saluda y vase por la derecha.)*

EST. Por Dios, don Indalecio.

INDA. ¿Ha visto usted qué carrillos tiene ese muchacho para abofetearle? Se necesita descaro... Venir a esta casa ahora... Esto es que nos persigue hasta a domicilio.

EST. No; el muchacho es íntimo de Andrés, y nada de particular tiene esta visita.

INDA. Usted es un ángel... Usted es la bondad personificada, pero yo conozco bien a la humanidad... ¿Cómo voy yo a creer en las buenas intenciones de nadie? Créame usted a mí, que he sido concejal dos años.

EST. ¡Já, já! Es una pena que tenga ese concepto de la gente... Y los de este pueblo... Si una de nuestras virtudes es la sinceridad.

INDA. ¡Quiá! Historias... Eso de la sinceridad y de la

hidalguía, para el escudo de la provincia, que viste mucho; pero en la realidad, todos llevamos siete gatos en la barriga...

EST. Por Dios, yo le respondo de mí...

INDA. Bueno, usted perdone... Menos usted... Yo llevo catorce; los de usted y los míos...

EST. ¡Já, já! Veo con alegría que se le ha pasado el mal humor.

INDA. A medias. En fin, no insisto más; le suplico que aconseje a mi hija... Que se deje de novelerías y que piense que soy su padre... ¿Qué voy a desearle yo que no sea la felicidad? Perdone que la haya molestado... Pero si no se acuerda uno de los vecinos ¿a quién va a molestar?

EST. Nada, don Indalecio, ni hablar de semejante cosa. Ya sabe que le distingo entre las personas de mi estimación. Y Pachita es una hermana para mí.

INDA. Gracias, Estefanía. Ya lo se. Me voy al Casino. Buenos días. Sí, me voy al Casino, porque ése me quita el butacón, y voy a tenerle que dar *p'al* pelo. *(Sale.)*

EST. *(Después de cerciorarse de que se ha marchado.)* ¡Pachita! ¡Pachita!...

LIBR. Sí; ya se ha ido. Puedes salir.

EST. Pero, muchacha, ¿es cierto lo que dice tu padre?

PACH. Ay, Estefanía; no puedes imaginar el martirio que estoy pasando. En estos ocho días que no te he visto, me han ocurrido más contratiempos que en toda mi vida.

LIBR. ¿Contratiempos? Hija, eso no se sabe bien hasta que tengas mis años.

EST. Pero, ¿es cierto que Quinito te pretende?

PACH. Ya, no...

EST. Pues don Indalecio dice que sí.

PACH. Ya no me pretende, porque... ¡Ay, Estefanía! ¡Estoy muy enamorada!

LIBR. El demonio...

EST. ¿Y por eso lloras?

PACH. Lloro porque papá está dispuesto a todo antes

que consentir, y temo que Quinito haga una atrocidad... ¡Es tan vehemente!

EST. ¿Pero cómo no me dijiste...?

PACH. Ha sido en estos días... Yo sospechaba que ese muchacho se había interesado por mí... Hace mucho tiempo... Y te aseguro que no me preocupó nunca su interés... Se fué a Madrid para continuar sus estudios... Por cierto que ahora tiene que volver, porque dice que los catedráticos le miran con malos ojos no sabe por qué y tiene que volver a examinarse... Hace ocho días, aprovechando un descuido de mi papá, me dijo al oído: «Si usted no me quiere, viajo en moto.» Me impresionó de un modo... Y para qué contarte más... ¡Soy suya! *(Llora.)*

LIBR. ¡Jesús, Jesús me valga! *(Vase por 2.ª izquierda.)*

EST. Vamos, tranquilízate. No hagas un castillo de lo que no tiene importancia. Tu padre acabará por aceptar esos amores... Ahora que tú tienes que poner por tu parte todos los medios para que Quinito acabe la carrera... Y sobre todo que estudie, porque si no, los catedráticos es muy posible que le sigan mirando con malos ojos.

PACH. Gracias, Estefanía, gracias. Siempre has sido una buena amiga.

EST. Vaya, vaya con Pachita. ¡Hay que ver! Y yo que había pensado tantas veces: Pachita es una buena muchacha, y Andrés un necio... Siempre me habías parecido un buen partido para Andresín.

PACH. No. Andrés va hace tiempo por otro camino... Ya lo sabes tú...

EST. ¿Que yo lo sé?

PACH. ¿Ah? Pero, ¿te haces de nuevas? No sabes...

EST. Te extraña que no sepa muchas cosas... Apenas si salgo de este rincón, y si no fuese por tí, podría decirse que esto era para mí como un convento.

PACH. Pues, hija, Andrés tiene novia.

EST. *(Pausa.)* ¿Tiene novia?

PACH. Sí, la chica de Bernal.

EST. ¿La chica de Bernal? ¿María Elena? ¿La del fabricante?

PACH. Sí. Esa tan rica; la nieta del célebre señor Gómez y Bernal, que ha montado tantas fábricas de tejidos al estilo norteamericano. Dicen que son unos talleres prodigiosos, verdaderas ciudades obreras. La otra tarde para explicármelo, decía Quinito ¡ay! Que allí entra por la puerta del Pradillo una bala de algodón, y que a las dos horas sale por los almacenes de la calle Real un caballero con *gabán inglés*. Dice que allí se fabrica todo... ¡Hasta el comprador! Pero ¿qué cara es esa, Estefanía?

EST. Hija, una cara de ver visiones. Todo eso del noviazgo de Andrés con la de Bernal es para mí un enigma. ¿Estás segura?

PACH. Segura... Segura... ¡No sé! Lo dice mucha gente. El la acompaña siempre. En el baile del Casino fué su pareja.

EST. ¿Sí? ¡Pues poco que coqueteó la niña con Jorge Montesa y con el de Forselas...!

PACH. ¡Bah! Es natural que coquetee. Es joven muy vistosa... Educada en libertad absoluta.

EST. ¡Y tan absoluta!

PACH. Verdad. Es una chica buenísima... Pero ¡qué libertades! Sobre todo para vivir aquí, en una capital de provincia. Eso cuando va a Biarritz, en verano..! ¡Pero aquí...!

EST. ¡Toma! ¿Y las fiestas en su casa? Por supuesto, yo no iría ni a tiros. Pero ¡ese afán de dar tés como si esto fuera París! ¡Qué ridiculez! Aquí que nos conocemos todos, y, si a mano viene, vamos de una casa a otra en zapatillas, hacer ese alarde de mundanismo y recibir una vez por semana, y dar comidas dos veces al mes, y «pincknick» todas las primaveras, y cacerías todos los años... ¡Jesús! Eso lo hacía para pescar novio. ¡A mí que no me digan! ¡Y este chico sin decirme nada!

PACH. ¡Bah! Eso no tiene importancia. No querrá participarte nada hasta tener formalizadas las relaciones.

EST. ¿Formalizadas? ¿Pero tú crees que Andrés va a casarse con esa muchacha?

PACH. Pues claro. María Elena es hoy uno de los mejores partidos. Bonita... rica...

EST. ¡Loca...!

PACH. Esos son defectos de educación. Caprichos de millonaria. Así como el abuelo ha querido montar su fábrica a lo yankée, el papá Bernal ha querido tener una niña también de apariencia norteamericana.

EST. Sí, eso es muy bonito para una película; pero ¡si vieras qué expuesto es en la vida...!

PACH. No. Si Elena se casa con Andrés es porque está realmente enamorada. Y si está enamorada verás cómo se deja de excentricidades.

EST. De todos modos... *(Entra Librada inundada en lágrimas.)* ¿Pero qué pasa? ¿A qué vienen esas lágrimas?

LIBR. ¡Ay!... Que he estado oyéndolo todo como es la mí costumbre, y me he enterao de lo del noviazgo con la niña de Bernal, el de las fábricas... y lo de que puede que se case. Y usted, mi señorita, no lo debe consentir. ¡Que esa no es mujer para el niñín nuestro!

EST. Tiene razón, ama, tiene razón. ¿Pero cómo voy a impedirlo?... El hará lo que quiera...

LIBR. Pues opóngase, señorita...

PACH. Siento haber producido este disgusto.

EST. No. ¿Por qué? Más vale saberlo.

PACH. *(Tras una pausa.)* Perdóname. Voy a subir a casa.

EST. No faltaba más. Y de lo tuyo, no temas, que si Quinito te quiere... ya convencerá a tu padre. Ya verás.

PACH. ¡Ay, Dios lo quiera! Ya bajaré a la tarde.

EST. Sí, te espero. Hasta luego, Pachita. *(Vase ésta por la derecha)* *(Pausa penosa.)*

EST. ¡Es un egoista!

LIBR. ¡Ya, ya! Quien como yo lo ha visto puede decirlo, que bien hermosa era la señorita y bien solicitada hubiera sido de no haberse encerrado en

la casona como una monja en el convento. Ya puede agradecerle el mozo lo que por él hizo la hermanastra que más no lo hace una madre... ¡ni un padre! Que ya sabemos todos cómo se portó el padre. ¡Canalla! Casarse con una vieja rica allá en las Américas y no volver a acordarse de su hijo. Y en cambio, la señorita vendiendo sus tierrecitas de Avendaño y la casita de campo para dar educación y comprar matrículas y hacer que el niño vaya a Madrid todos los años...

EST. ¿Qué importa todo eso, Librada?... A mí en quedándome este rinconcito desde donde ver feliz al chico... ¿Qué más puedo desear? Le he sacrificado mi juventud... mi vida, porque la juventud es la vida de las mujeres y la he sacrificado con gusto. Ahora le veo sano, alegre, hecho un hombre dichoso... ¡Dichoso, sí! Ya que yo no lo he sido, al menos que él pueda serlo. Pero, si esa coqueta se lo lleva...

LIBR. ¡Pobre señorita! La verdad es que no ha sabido lo que es felicidad por el monigote del hermanuco...

EST. *(Con generosa resignación.)* Sí. Sí he sido feliz, soy feliz. Andrés ha sido para mí un consuelo, ha sido el objeto de mi vida. Muchas veces me parece imposible pensar siquiera que no es hijo mío. Sí, sí, es mi hijo. ¡Mi hijo querido! *(Suena el timbre. Sin palabras va Librada. Entra después con Andrés. Librada sale silenciosa por segunda izquierda. Andrés mira a su hermana que no habla.)*

AND. ¿Qué, no llego a tiempo? ¿He tardado en venir a comer?

EST. No. Si son las doce nada más.

AND. Como tienes la manía de que todo sea como en el cuartel... A las tantas y tantos minutos el desayuno—aunque esté dormido como un ceporro—a las tantas...

EST. Te molesta que haya orden en la casa.

AND. No. ¿Pero qué pasa? Ya tienes la cara de herma-

nastra... La ogresa que de niño me inspiraba aquellos terrores...

EST. ¡Vaya! ¡Vaya! Si es verdad que me has tenido por una ogresa, lo menos que podías hacer era callarte el secreto y no tener el cinismo de decírmelo.

AND. Bien está... Me callaré. Luego dices que no me confío nunca contigo. ¿Ves cómo eres una verdadera hermanastra? ¡Já, já! No pongas esa cara...

EST. Si tú supieras lo que me duelen esas palabras. Y hoy más que otras veces...

AND. ¿Hoy? ¿Por qué? ¿Qué te han contado? ¿Qué te han dicho? ¿He raptado a media docena de novicias?

EST. No eches a broma las cosas, Andrés. Luego dices que soy suspicaz y gruñona...

AND. ¿No lo dije? Si te conozco. ¡Vaya! Hemos tenido visita y comadreo ¿verdad? ¡Bien! ¡Muy bien! Ya te habrán dicho que soy don Juan Tenorio o José María, el Tempranillo, o los siete niños de Ecija en una sola persona, asolando los contornos. ¿No es así?

EST. ¡Nada de esto! Pero, dime, ¿es justo que todo el mundo sepa que tienes relaciones con María Elena Bernal, y no me hayas dicho una palabra?

AND. *(Tras de una pausa.)* En primer lugar, no tengo relaciones con la señorita de Bernal; y en segundo lugar, si se hubiera fijado en mí sería una distinción que debía enorgullecerte en lugar de hacer de ello motivo de disgusto. *(Pausa. Andrés sube hacia el ventanal. Estefanía habla para sí misma).*

EST. El hombre me reprende por haber censurado su silencio caballeroso. *(Pausa.)* ¡Mi Andrés, ya no es mío!

AND. ¿Por qué? Siempre has de colocar las situaciones en el extremo. *(Estefanía no puede aceptar estas palabras frías y sensatas de Andrés. Le dice violenta:)*

EST. Eres hombre... No sabes agradecer el egoísmo de mi cariño...

AND. Estefanía.

EST. No debes casarte con esa muchacha... Yo supe sacrificar mi felicidad por tí... Cuando tu padre no quiso hacerlo... Tu padre, hombre también, se fué a América haciendo muchas promesas que luego no se cumplieron, y yo sola, con mi renta modesta, eduqué al hermano huérfano.

AND. Y para qué recordar ahora lo que sé de sobra.

EST. Sí hay que recordar. Aquel hombre, tu padre, no mereció el culto que yo le rendía, por haber sido el esposo de mi madre, por ser padre del hermano pequeño. Y ahora, tú también, al casarte, es como si huyeras de aquí... Ya se cumple mi destino; sola, sin la remota esperanza de ningún cariño... *(Llora.)*

AND. Estefanía, hermana buena, hermana santa... ¿Por qué me haces la ofensa de creer que te quedarás sola? ¿Quién puede impedir que cuando llegue ese casamiento vivas con nosotros?

EST. No; no podría aceptar. Gracias... por lo menos eres bien intencionado. Pero, no; yo defiendo mi cariño porque presiento que no vas a ser feliz con esta muchacha... Mi sacrificio al perderte, dejaría de ser sacrificio si yo tuviera la seguridad de que ibas a ser dichoso... Pero no lo vas a ser, Andresín, no lo vas a ser.

AND. ¿Por qué?

EST. Porque esa muchacha está educada en un ambiente de libertad incompatible con el nuestro... Porque dudo... ¡Que Dios me perdone...! Pero dudo que pueda ser una buena esposa esa criatura.

AND. ¿Qué dices, Estefanía? No te das cuenta de lo que dices... No tienes derecho a ofenderla.

EST. ¡Estás enamorado!

AND. María Elena es una muchacha honesta. Pero, claro, habrán venido a contarte mil infundios...

EST. ¡Estás enamorado!

AND. Te prohibo que sospeches de ella en absoluto.

EST. ¡Estás enamorado, Andresín! *(Abrazándole)* ¡Hijo!

(En este momento aparece Librada, que ha escuchado, como siempre, tras de la puerta.)

LIBR. ¡Esa mujer lo ha *embrujao!* ¡Señor! ¡Señor!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante. Al fondo galería de cristales, que da al jardín.

Están en escena LIBRADA y DOMINGO.

LIBR. ¡Jesús! ¡Jesús! Me dejas atontá... Consentir aquel hombre en el casamiento de Pachita...

DOM. Pero las cosas que han pasao... En el tiempo que llevaba sirviéndoles no había visto al señorito de peor humor...

LIBR. Pues bueno estaría, porque sin contratiempos ya era de suyo un mal genio. Lo que me extraña es que no haya venido a visitarnos.

DOM. Figúrese... Viaje de novios... No hay tiempo pa nada...

LIBR. ¿Y tú, estás contento en la casa?

DOM. No son malos los señoritos. Ahora que el bullicio de este Madrid puede conmigo ..

LIBR. No me digas, no me digas. Las veces que me acuerdo de aquella tranquilidad de nuestra casa... Y luego que no tenía yo necesidad de aprender a mis años muchas cosas... Si yo te contara... ¡Pobre señorita Estefanía! ¡Esclava, hijo, esclava del hermanastro, como siempre...! Pero ¡que tenga

que ser esclava de la cuñada! ¿Para qué hablar? Ya me he prometido no abrir la boca... Estoy desconocida.

DOM. Pues estando a disgusto ¿cómo no se van ustedes? ¿Qué hace aquí la señorita Estefanía?

LIBR. El afán de estar junto al hermanuco; pero, aunque ella nada dice, bien me doy yo cuenta de que no ha lograo amoldarse a los gustos de la cuñada.

DOM. Bueno, Librada, la dejo que tengo muchas cosas que hacer entoavía. Ya vendré por aquí de vez en cuando.

LIBR. Sí, hombre, no seas descastao... Ya has visto cómo se ha alegrao la señorita .. Anda, te acompaño. *(Vanse hacia el jardín. Entran María Elena, con traje de montar, y una doncella.)*

M EL. Ayúdame. Se ha soltado el broche. *(Refiriéndose al que lleva en la corbata, que debe ser muy visible y con apariencia de valor.)* No me haría ninguna gracia que se perdiese...

DONC. Estaba mal sujeto...

M. EL. No crees que se caerá ¿verdad?

DONC. No, señorita...

M. EL. Los guantes...

DONC. Tenga, señorita...

M. EL. ¡Ay! Estoy más nerviosa... No, si a mí me dará algo... ¡Siempre llevándome la contraria en todo! Tendrá importancia que yo haga mi voluntad y nada más que mi voluntad... *(Entra Andrés por el jardín.)*

AND. Buenos días, María Elena...

M. EL. Regulares nada más.

AND. ¿Qué dices, mujer?

M. EL. Puedes marcharte. *(A la doncella, que obedece.)*

AND. ¿Qué te ocurre?

M. EL. No puede ser, Andrés, no puede ser. Ya ves que soy prudente. ¡Mira que me callo a todo!

AND. Pues no te calles, dí. ¿Qué ocurre hoy, María Elena?

M. EL. ¡Nada! Lo de siempre, que he pensado una cosa... ¡Total... nada! Una bobería, pero ¡ya ves! Delan-

te de los criados, casi a gritos, tu hermana me dice que es un disparate...

AND. ¿Te ha dicho que es un disparate? Pero, ¿qué?

M. EL. Hace veinticuatro años que hago mi voluntad... Y ahora... Así, de pronto... Me cuesta mucha violencia que... ¡Una hermanastra de mi marido! Porque ni es tu hermana siquiera, me cuesta muchas violencias que fiscalice todos mis actos.

AND. Pero, ¿qué ha sido? Porque supondrás que hay un medio para que no te moleste: no hacerla caso. ¿Dice ella blanco...? ¡Pues tú negro...! ¡Y en paz!

M. EL. No, Andrés, no; en paz, no; en guerra. Porque si la señora dice blanco, blanco tiene que ser... Ya ves... ¿Tiene importancia estos paseos a caballo con mis primas Luisita y Amelia y acompañadas de un hombre tan correcto y tan agradable como M. Evans? Pues se ha atrevido a insinuarme—claro que no francamente—se ha atrevido a insinuarme que en mis primas, por ser solteras, está bien; pero que en una señora casada, no le parece tan bien.

AND. No tiene razón, pero debes perdonarla. Está educada en otro ambiente.

M. EL. ¿Vas a disculparla? Desde luego porque he dicho que mis primas me proponían un viaje a París... con mi tío... y no me parecía absurdo... por poco me come.

AND. *(Tras una pausa.)* Pero, ¿tú irias a París sin mí?

M. EL. ¡Por un mes!... Con mis primas, mi padre.., mi tío... ¡hijo no me voy a fugar!

AND. No es eso. No lo digo por eso, lo digo por separarnos, María Elena. ¿Es que te figuras que yo puedo vivir un mes entero sin verte?

M. EL. ¡Qué tontería!... Al cabo de tres años de casados... ¿No estoy yo en el mismo caso?

AND. Sí; pero no te importa como a mí porque te enfada el que Estefanía quiera retenerte a mi lado.

M. EL. ¡Ven ahora con romanticismos!... A mí lo único que me molesta es que a Estefanía, tu hermanastra, no le parezca más que disparates las cosas más razonables y justificadas. Y esta era una

idea... a la que renuncio gustosa por estar a tu lado... porque después de todo soy tonta... ¡señor! ¿No podría ella vivir en la casona, tan cómoda, tan amplia... tan de su éspoca?... Allí, con sus muebles... con sus labores... y con su ama Librada... que no sé para qué se la trajo tampoco...

AND. (*Dolido.*) María Elena... no seas injusta. Aún de Estefanía comprendo que tengas quejas... pero del ama Librada, que no hace más que servirte y callar porque no abre la boca y ese era el único defecto de Librada...

M. EL. Tienes razón... ¡Pobre mujer!... Pero por eso mismo... aquí está la pobre sacrificada.

AND. Me duele tu obstinación. Si no quieres que vivan con nosotros, se lo diré a Estefanía... Pero piensa que ¡sufrió tanto la pobre cuando vió tu decisión de separarnos!...

M. EL. Pero recuerda que yo misma con el mejor deseo te indiqué que viniera a casa, con la condición de que sus habitaciones estarían en el ala izquierda del hotel, para que así todos disfrutáramos de absoluta independencia.

AND. ¿Y no vivimos independientes?

M. EL. ¿Qué hemos de vivir? Si no doy tres pasos sin encontrármela en todas partes. Con eso de que quiere encargarse del gobierno y buen orden de la casa...

AND. No digas, María Elena, en tus habitaciones no se ha permitido cambiar ni una silla.

M. EL. Según, porque ¿tú me dirás a qué vino eso de trocar en despacho mi saloncito estilo imperio?

AND. Para que no estuviéremos separados. Ya ves que no le doy la razón más que cuando en realidad la tiene. Así yo por las noches trabajo oyéndoos charlar en la salita contigua... Llega hasta mí algún eco de música... Sé que si quieres consultarme o si quiero decirte alguna cosa, basta con levantar una cortina. El despacho en el piso bajo está bien para las horas de bufete, cuando vienen los clientes... Pero para mis lecturas, para mis trabajos de última hora, está mejor ese saloncito

tan íntimo, donde puedo rodearme de tus retratos, de tus flores predilectas... donde puedes dejarte olvidada una labor, una echarpe... *(Abrazándola)* donde se unen tus libros sentimentales y mis libros de leyes. Unicamente aquel mueble maravilloso en que Estefanía y tú guardáis vuestros secretos, es una cosa extraña para mí en nuestra casa. Y para que todo fuese de los dos, debías dejarme un rinconcito.

M. El. No, no seas envidioso. Tú tienes tu mesa... tus bargueños... *(Aparece Librada.)*

Libr. Señora...

M. El. ¿Qué?...

Libr. Esperan en el jardín las señoritas y ese señor tan elegante... que...

M. El. Mister Evans... ¡Voy! ¡Voy!

Libr. ¡Jesús, qué nombres! ¡No parecen de cristianos!...

M. El. Anda, Andrés... acompáñame. ¡La fusta!... ¿Dónde me he dejado la fusta?...

And. No sé.

Libr. ¿Es esto? *(La entrega a María Elena. Salen María Elena y Andrés por el jardín. Librada se queda asombrada.)* ¡Jesús! ¡Jesús! y ¡Jesús! *(Entra Estefanía por la izquierda.)*

Est. ¿Qué? ¿Se ha ido María Elena?

Libr. Sí, señorita. Al demonio se le ocurre... las mujeres a caballo... las cosas que aquí veo, nunca pude imaginarlas...

Est. Ama Librada, no es para asombrarse tanto... que allí encerradas en nuestra casona difícil era que viéramos las cosas del mundo.

Libr. Ya, ya... que sorda estoy del bullicio que hay siempre en esta casa. ¡Jesús! ¡Jesús!... *(Vase al mismo tiempo que entra Andrés. Al ver a Estefanía sufre una ligera contrariedad.)*

Est. Te espera en el despacho un señor.

And. Si; ya sé quién es. Me trae mareado con un pleito del que no es fácil sacar nada en limpio.

Est. No debes trabajar tanto, Andrés. Vas a enfermar.

And. No, no temas. El trabajo me es agradable. *(Pausa.)* Estefanía, te suplico que me perdones,

pero... he hablado con María Elena y está muy quejosa.

EST. ¿Muy quejosa? ¿De quién?

AND. De buena fé —indudablemente— te permites aconsejarla muchas veçes... pero en tus consejos parece que pones más el deseo de reprochar que el de corregir.

EST. ¡Andrés!

AND. ¿Por qué no he de hablar con franqueza?

EST. Tienes razón. Cuesta menos trabajo decir las cosas de una vez que gastar delicadezas. Ya supongo que se te ha quejado porque no he tenido opinión favorable a una idea absurda de marchar a París sin que tú la acompañes.

AND. ¿Y qué tiene de particular éso?

EST. No. Si a tí no te disgusta, está bien. Si cuando tú aceptas con alegría los proyectos de María Elena los acojo yo también con muestras de contento.

AND. *(Tras una pausa.)* ¿Pero, no crees que debemos evitar este rozamiento constante?

EST. Desde luego. *(Pausa.)* Sólo te suplico que no creas que al venir a vivir con vosotros traje la idea de debilitar tu cariño hacia María Elena... Si la aconsejé, si la reproché, como tú dices, fué siempre porque deseaba tu felicidad... ¡Desde que naciste no me ha acompañado otro pensamiento!....

AND. Lo sé, Estefanía, y por eso mismo, por quererme demasiado quizás, eres injusta con María Elena. Perdóname.

EST. *(Con resolución.)* Ya comprendo que no es posible que vivamos juntos.

AND. Eres tú la que lo dices.

EST. Te agradezco esa delicadeza.

AND. No he querido decirte...

EST. Pero, alguien ha de sacrificarse ¿verdad? Y entre la mujer y la hermana... ¿Cuándo quieres que vuelva a vuestra casa?

AND. ¿Por qué me haces esa pregunta? ¿No es ésta tu casa también?

EST. No. Porque turbo vuestra tranquilidad. Mañana me voy con Librada a la casona.

AND. ¡Estefanía!

EST. *(Firme en su idea.)* Mañana.

AND. Cuando tú quieras. *(Vase).*

EST. *(Llamando.)* Ama Librada... ama Librada... *(Llora sin consuelo.)*

LIBR. *(Entrando.)* Señorita... ¡Ay, Virgen Santísima! ¿Qué la ocurre? ¿Está usted llorando?

EST. Hay que preparar todo lo nuestro inmediatamente. Mañana nos vamos de esta casa.

LIBR. Pero ¿qué dice? ¿Ha tenido algún disgusto con Andrés?

EST. No. Al contrario. Me ha hablado muy razonablemente. Pero no le importa que nos separemos.

LIBR. *(Con un grito.)* ¡Ah! ¡Por fin! Ya llego lo que yo me temía...; si ya sabía yo que esa señora acabaría por echarnos...; si no sé cómo he podido vivir tanto tiempo callada, contra la mi costumbre. Y mire usted que lo hacía porque no llegara este momento... porque si por tener yo la lengua larga nos hubiesen echado de esta casa, nunca hubiéramelo *perdonao*... que para hablar ya había motivo, que mientras el mi Andresín trabaja a todas horas, la señora se pavonea como una princesa... que si los paseos a caballo, cosa que siempre imaginé fuera de hombres; que si esos juegos endemoniados de hombres más endemoniadoos todavía, que si los tés, los bailes y los mil jolgorios que a diario se celebran... y que tanto me hacían hablar para mis adentros y que ya hoy puedo desfogarme soltándolos para fuera... Señor, Señor, que en *buenhora* nos encontremos en nuestra casona... donde no habrá motivo para tener que confesarme todos los días. *(Se sienta rendida de hablar.)*

EST. No me quiere como debiera quererme... No ha comprendido todavía los sacrificios a que obligan esos primeros años de muchacho inconsciente.

LIBR. Los desvelos de la señorita cuando lo tuvimos

enfermo. ¡Qué bien merecía que lo recordáramos ahora...!

EST. Recordárselo sería un egoísmo. Pero él no ha sospechado nunca lo que significa de abnegación, cuando se es solamente hermana, ser madre. No ha sabido lo que es renunciar al sueño cuando el cuerpo está rendido; él no sabe la angustiosa interrogación que me sacudía al sentir entre mis manos sus manecitas ardientes por la fiebre... Ni sabe de las renunciaciones en las horas del ocaso, cuando un nombre enamorado rondaba la casa. ¡Cuántas veces he cerrado los balcones para no ver... Como cerraba mi espíritu al ensueño...! No quería saber nada, no quería oir nada... Y si llegaba a mis oidos el paso rítmico que en el silencio de la calle parecía un llamamiento rumoroso, besaba a Andresín para no acudir nunca a aquella reja, donde un hombre podía robarme el amor que había de ser sólo para el hermano sin padre, sin madre, sin otro consuelo, sin otro cariño que mi cariño y amparo. *(Las das lloran. En este momento entra precipitadamente un criado por el jardín.)*

CRIA. Señorita... Señora Librada... No sé como decirlo. No se asusten.

EST. ¿Qué ha ocurrido? Hable...

CRIA Que traen a la señorita María Elena... Se ha caído del caballo...

EST. ¡Jesús! Avise usted al señorito... ¡No! ¡No vaya usted! Yo iré a prevenirle... Ama, vayan ustedes... Que la lleven a su cuarto...

LIBR. ¡Virgen Santísima!

EST. ¡Pobre Andrés! *(Salen todos rápidos Se oye un rumor de voces en el jardín. Entran Estefanía y Andrés por la izquierda.)*

AND. Pero, la verdad...

EST. No te intranquilices... Que es una cosa sin importancia... *(Salen rápidos hacia el jardín. Pausa. Entra Librada con algunas prendas del traje de amazona; sin saber qué hacer, las abandona sobre las sillas.)*

LIBR. ¡Jesús! ¡Jesús! Para haberse matado...

CRIA. La señorita Estefanía, que vaya usted...

LIBR. Voy, voy... Pero si no puede salir nada bien... Claro, esos automóviles tropiezan con todo... No es posible, no es posible.

CRIA. No ha sido nada... Está desmayada... No tiene lesión. *(Vanse por el jardín. Entran Pachita, don Indalecio, Quinito y una doncella, por la derecha.)*

DONC. ¿A quién anuncio?

INDA. A nadie.

DONC. ¿Cómo?

INDA. Queremos sorprenderles. Dígales que una señora, un caballero y su yerno.

DONC. Está bien. *(Vase por la izquierda.)*

PACH. No hemos hecho bien en venir sin avisarles... podemos ser molestos...

INDA. Yo siempre he sido oportuno. Me gusta a mí sorprender a la gente. En seguidita iban a sospechar ellos que por fin accedí a sus pretensiones, señor Peñasco.

QUIN. Le suplico que me tutee... Me causa violencia el que guarde usted para mí ese tono ceremonioso.

PACH. Sí, papá, no seas ceremonioso.

INDA. Nada, todavía no tengo confianza en usted, señor Peñasco.

QUIN. Pues no me explico entonces por qué nos acompaña usted en el viaje de novios.

INDA. Por eso mismo, porque no tengo confianza... quiero observarle estos días de matrimonio...

QUIN. ¡Ah! Pues va usted a observar cosas un poco desagradables.

INDA. Cuidado, señor Peñasco, no se alargue en palabras porque no tiene usted derecho todavía.

QUIN. Bueno, como usted quiera. Si yo llego a suponer que nos iba usted a acompañar en el viaje de novios nos largamos por sorpresa.

INDA. ¿Por sorpresa? ¿Pero usted cree que el casarse dá derecho a llevarse a mi hija con todas las agravantes de un rapto?

QUIN. Reconocerá que no es lo más natural que nos acompañe usted en la luna de miel.

INDA. Pero, señor mío, ¿no sabe usted que yo me oponía a este matrimonio?

QUIN. Pero ya no tiene remedio...

INDA. Lo sé, no necesito que usted me lo advierta.

QUIN. Nada, chica, que nos amarga la luna de miel.

INDA. Yo ya sé lo que usté pretende... hacerse el amo de mi hija de una vez, pero, no. Hasta dentro de quince días no me separo de mi hija.

QUIN. ¡Bueno! Es que a usted le gusta hacer de carabina.

INDA. ¿De carabina? A ver si le doy con la culata.

PACH. Papá, ¿por qué no te vas a tomar los baños de Alhama?

INDA. ¡Mira, qué rica!

QUIN. Sí, váyase usted a Alhama de Aragón.

INDA. Ya os he dicho que este año no necesito los baños... me encuentro muy bien...

QUIN. Claro, se encuentra muy bien fastidiando a los demás...

INDA. ¡Yerno! No me obligue a echarle en cara unas cuantas verdades.

QUIN. Nos la amarga, nos la amarga...

PACH. Papá, no te pongas de mal humor, porque me va a dar el ataque de nervios.

INDA. Ya te guardarás muy bien... en una casa extraña, no faltaría más...

PACH. Pues me va a dar...

QUIN. ¡No! ¡Por Dios! Pachita, corazón de mi vida... *(La abraza.)*

INDA. No sea usted indecente... ¿qué es eso de abrazar a mi hija en público?..

QUIN. ¡Nos la amarga!

INDA. Pachita... Hija, tranquilízate que no volveré a decir una palabra... ¿Se te pasa?

PACH. Sí... ya creo que se me pasa.

INDA. Toma un poco de agua. ¿No hay por aquí un botijo?

QUIN. (Y así desde anteayer.)

INDA. Cálmate, hija, cálmate. *(A Quinito.)* Vamos, diga usted algo.
QUIN. Este hotelito está muy bien... ¿eh, Pachita?
PACH. Sí, pero el nuestro es más coquetón... más chiquitín...
INDA. Más agradable... Si casi ocupa este edificio una manzana.
QUIN. Andrés hizo una buena boda, y luego como tiene talento...
INDA. Oiga usté, señor mío... ¿qué es eso de una buena boda?... ¿Eso quiere decir que usted la ha hecho mala?...
QUIN. Por Dios, querido suegro, tutéeme.
INDA. No me dá la gana.
QUIN. No tome el rábano por las hojas.
INDA. Por si acaso... a mí las cosas claras... ¿Pero en en esta casa no hay nadie?
PACH. No suponen que somos nosotros. Quizá no sea una hora oportuna.
INDA. Yo siempre he sido oportuno. *(Entra la doncella por la izquierda.)*
DONC. Que perdonen ustedes. No pueden recibirles. Que vengan a otra hora... que no puede atender el despacho.
INDA. Bueno... mire, dígales que soy don Indalecio Pastrana...
DONC. Es que, perdonen los señores, pero la señora está delicada. Acaba de sufrir un accidente y...
QUIN. ¿Un accidente?...
PACH. ¿Es posible?
INDA. ¿Dónde están? Somos de confianza.
QUIN. Siempre ha sido usted oportuno.
DONC. Vengan, vengan. *(En el momento que van a salir entra Estefanía por la izquierda.)*
EST. Pero ¿cómo? Ustedes aquí. Pachita...
PACH. Ahora nos enteramos de que ha ocurrido una desgracia.
EST. Sí, María Elena...
INDA. ¿Qué? ¿Se ha roto la cabeza?
EST. No ha sido más que el susto... Se ha acostado y el médico nos ha dicho que no tiene importan-

cia... Unicamente la impresión que ha recibido. Andrés está preocupadísimo el pobre... Perdónenos.

INDA. No faltaría más.

EST. ¿Van a estar muchos días en Madrid?

PACH. No, mañana nos vamos.

INDA. Sí, vamos a recorrer varias poblaciones...

QUIN. Acaso las recorra solito don Indalecio.

INDA. ¿Cómo dice usted?

QUIN. Nada, nada; divagaciones.

INDA. Bueno, con entera confianza, Estefanía... están ustedes muy preocupados... Ya vendremos mañana, vendremos antes de la salida del tren.

EST. Perdónenos ¿eh? ¿Quieren ustedes que llame a Andrés?

PACH. No; déjale. Mañana vendremos.

INDA. Y de todos modos, si algo ocurre... Ya sabe... Estamos en el hotel de las Cuatro Naciones.

EST. Gracias, muchas, gracias.

QUIN. Sí, estamos en el hotel de las Cuatro Naciones, celebrando los tres la luna de miel.

EST. Que sea enhorabuena.

QUIN. No hay de qué.

EST. Anden... Les acompaño. *(Quinito toma del brazo a Pachita, pero don Indalecio los separa y deja el último a Quinito.)*

INDA. ¡Usted detrás! *(Vanse. Pausa. Entra Andrés con unas cartas en las manos. Se detiene en el centro de la escena, las relee y por fin cae sollozando en una silla. Cuando se encuentra en esta actitud entra Estefanía.)*

EST. ¿Qué ocurre? ¿Está peor María Elena? *(Andrés no contesta y le indica las cartas. Estefanía coge una, y al leerla debe dar muestras de una extrañeza sin igual, para acabar por abrazar al hermano.)* ¡Andrés! ¡Hijo!

AND. *(Desesperado.)* Cada hoja de papel una delación de la culpa... Un ruego... Una promesa...

EST. ¿Pero tú tienes la seguridad de que son suyas? ¿Cómo has encontrado estas cartas?

AND. He ido a guardar el broche que llevaba puesto y

que tenía en tanta estima... He encontrado sus llaves entre los almohadones de su cama .. Buscando el cofrecillo donde guarda sus alhajas... He encontrado en el último rincón, casi oculto, un estuche deslucido, y en él, bajo unos guantes perfumados como dos manos que ocultaran el pecado, estas cartas, estas delaciones imprudentes, sin firma, sin nombre que revele quien las escribió, ni quien las recibía... Pero, sí; no puedo dudar... Has tenido razón, por fin has tenido razón... No puedo ser dichoso, no puedo ser dichoso... Me ha traicionado... A mí que había puesto toda la ilusión, todo el afán, toda la vida en ella... ¡Imbécil de mí! ¡Desventurado de mí! *(Andrés se abraza a Estefanía, y, tras una pausa, aquél trata de salir rápido hacia el jardín. Estefanía se interpone.)*

EST. ¡No, Andrés, no! ¡Eso, no...! ¡Eso, no...!

AND. ¿Y por qué no, Estefanía? ¿Por qué no...? Tú crees que ya, después de esto, puedo seguir viviendo?

EST. Sí, tienes que vivir... *(Echándose a llorar.)* ¿Qué te importa lo que yo significo en tu vida?

AND. Sí, pero comprende mi situación; tú no puedes sentir como yo los celos, el odio que en un instante se agolpa en el alma. Si es que ni siquiera puedo borrar mi deshonra matando a esa mujer... Porque la adoro todavía con todo mi corazón... La quiero, hermana, la quiero a pesar de la traición... La quiero todavía... *(Andrés, sollozando con la cabeza entre las manos, no se da cuenta de que Estefanía coge una de las cartas.)*

EST. *(Para sí.)* «Nadie conoce nuestro secreto. Si se perdiera esta carta, si alguien la hallara, no podría sospechar que eres tú a quien yo adoro y que es de mí de quien te has compadecido». Andrés... óyeme... ten calma... Tú sabes que yo. . *(Pausa. Con seguridad en la frase y en el gesto.)* ¡Andrés! No tengo valor para consentir que por mí sufra un ser inocente. Esas cartas fueron di-

rigidas a mí: las escribió un hombre a quien he pertenecido.

AND. ¡Estefanía! *(Pausa. Andrés mira a su hermana, sube hacia el foro, vuelve a quedarse en el centro de la escena, junto a Estefanía que estática afirma su culpa.)* ¿Eres la culpable?

EST. *(Segura.)* ¡Sí! ¿Ves? Este estuche donde estaban las cartas, es mío: es de nuestra madre, ella lo bordó.

AND. Y unido al recuerdo de nuestra madre, tenías esas pruebas de tu culpa.

EST. *(Tras de una pausa.)* ¡Sí! Perdonadme los dos. *(Pausa.)*

AND. Ya me extrañaba tu vida.

EST. ¿Qué dices?

AND. Me extrañaba que hubieras reducido tu vida a mi cuidado. Ya decía yo... ¿Será posible que esta hermana mía viva sin amor? ¿Amará sin decírselo a nadie, ni a él mismo? *(Estefanía está llorando ante estas interrogaciones de su hermano.)*

EST. ¿Llegaron a ser para tí una preocupación esas interrogaciones?

AND. No. Me libras del dolor, de la vergüenza, del desengaño... con otro dolor, con otra vergüenza y otro desengaño...

EST. *(Resignada.)* Pero ¡qué diverso eco tiene en tu corazón la palabra *culpable* cuando cae sobre mi frente!

AND. No, porque yo hubiera querido creer en tí siempre...

EST. Yo he hecho cuanto he podido para que tu fé no se extinguiera, pero no me he atrevido a callar. Y... sin embargo, pude no revelarte la verdad.

AND *(Enérgico.)* ¡Ah! No: eso si que no te lo hubiera perdonado nunca. ¿Dejar que castigara por tí a una inocente? Eso si que no. Has sabido fingir, pero no tanto... Si hubieras podido aún hubieras callado, pero sabes que la verdad resplandece tarde o temprano y si no lo has hecho por cumplir con tu deber... has tenido que hacerlo por

temor a esa verdad que había de confundir tu hipocresía... (*Estefanía no contesta Pausa.*) Estefanía, después de tu confesión, si tu confesión es verdadera, nuestra vida ha cambiado... Antes acepté la idea de que por incompatibilidad con María Elena, nos separáramos... Ahora la razón es más imperiosa todavía.

EST. Sí; es cierto. Me marcharé a nuestra vieja casona, sola, entre los pobres recuerdos de los padres muertos. Lejos de María Elena, cuya honestidad mancharía mi presencia. A tí no te veré tampoco. Ya no podré abrazarte como en los días de paz, con un abrazo igual al abrazo que te daría nuestra pobre madre muerta.

AND. (*Sombrío.*) ¿Para qué angustiarnos más con palabras inútiles? Nos separaremos, sí; debiste separarte de mí mucho antes, cuando... cuando... ese cobarde te habló en voz baja por primera vez, cuando acordaste tu primera cita. Entonces, y no ahora... No debiste esperar a que te echara. (*Vase por el jardín.*)

EST. He salvado su vida... ¿pero y su honor?...

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero Es un atardecer de otoño.

Están en escena ESTEFANIA y PACHITA junto al ventanal.

PACH. Habrá que ver cómo se ha puesto Quinito con la lluvia...

EST. Como que está la calle convertida en un lago.

PACH. Y mira que se lo decía esta mañana: Quinito no salgas de caza, que te vas a empapar... Pero no ha habido manera de convencerle.

EST. Se habrá refugiado en alguna venta.

PACH. Y traerá buen humor, porque él que goza tanto con la caza.

EST. Le gusta ¿verdad?

PACH. Le gusta mucho, pero al mismo tiempo dice que así nos ahorramos gastos... figúrate, si no pudiésemos, pero si la renta basta...

EST. No importa, déjale, otras expansiones serían más peligrosas y con esa manía a nadie perjudica. *(Quedan las dos en silencio.)*

PACH. ¿Qué piensas?

EST. En mi madre... Al atardecer viene a mi imaginación su recuerdo. Parece que la veo bordando junto a este mismo balcón... ¡Parece que la veo!

Se usaban entonces las batas blancas, con unos cuellos... así, en tul, en gasa... En encaje también... el de mamá era de encanje, un cuello así... como un estilo Médicis... Esta caja era suya. *(Refiriéndose a la de labor.)* Mira... ya está pasada de moda, pero ¡la quiero tanto! ¿Tú la has visto siempre en esta casa, verdad?

PACH. Sí por cierto.

EST. Mira, qué bien bordaba mi madre. ¡Ya quisiera yo!... Fíjate, aún está conservada...

PACH. Bueno, déjala... *(Las dos se han quedado llorosas.)* Mi madre también bordaba; no tan bien... Y sobre todo últimamente... La pobre sufría tanto...

EST. Para qué te habré recordado...

PACH. No, si no lo siento. Cuando se llora por las madres parece que no se sufre... parece que se las llama nada más; parece que ellas no podrán vernos llorar sin venir a secar nuestras lágrimas, estén donde estén, aunque estén debajo de la tierra...

EST. ¡Oh, si vinieran! Si vinieran todas las madres muertas cuando sus hijas lloran por ellas, lloraríamos, como los niños, a cada instante, para que no nos abandonaran jamás. ¡Pero no vuelven!... ¡Más que he llorado yo por mi madre! ¡No vuelven, no!... Eso es lo triste... pensar si ellas nos oirán llorar... y no podrán venir. Por eso yo, muchas veces, no lloro. *(Quedan silenciosas y tras de una pausa se oye la voz de Don Indalecio que viene con una toilette extremada.)*

INDA. Nada, Librada, los chicos para sus padres. Hola, queridas. *(Encendiendo.)* Pero, ¿qué tinieblas son estas?

EST. Buenas tardes, don Indalecio.

PACH. Hola, papá.

INDA. He subido a ver el chiquitín y la muchacha me ha dicho estabas con Estefanía.

PACH. Sí, he bajado para acompañarla un rato.

INDA. Ya sé que tu marido no ha vuelto de la guerra.

EST. ¿De la guerra?

INDA. Yo no he visto ir de caza con tanto correaje a nadie.

PACH. Qué cosas dices, papá.

INDA. Qué cosas digo ¿eh? Algunas veces le veo pasar frente al Casino, y siempre le confundo con uno de la Legión. ¿Cuántas perdices habrá comprado hoy? Porque no las caza, a mí no me la da.

PACH. ¡Bueno!

INDA. Y en fin, menos mal, si va de caza... Lo malo es que vaya de pesca...

PACH. Papá...

INDA. ¡Los asuntos de faldas se encubren divinamente con la caza!

PACH. Por Dios, papá, no te corregirás nunca... Eres bueno; pero no te das cuenta de que haces unas suposiciones...

INDA. ¡Nada! Se va de caza algunas veces ¡cómo ¡yo me sé! ¡Que de todo ha hecho uno en este mundo!

EST. Son bromas de don Indalecio.

INDA. Tiene usted razón; usted me comprende. Son bromas nada más. Porque si yo tuviese la más ligera sospecha de que a este ángel le hacía una charranada su marido...

EST. ¿Pero es posible que después de dos años no haya transigido con Quinito?

PACH. Es increíble ¿verdad?

INDA. Nada, no me es simpático; yo no puedo perdonar muchas cosas... Sobre todo los anónimos en que me pedía tu mano, al mismo tiempo que me ponía verde... Y después de casado, ya viste, siempre llevándome la contraria.

PACH. Y usted a él.

INDA. No es lo mismo. Como que si llego a continuar viviendo con vosotros un día hubiese ocurrido algo gordo. Un día ya tuve escrita una carta para el juez, diciéndole que no se culpara a nadie de la muerte de mi yerno... Nada, nada; así estamos mejor. Además, que en las afueras de la población se está más tranquilo...

EST. ¿Y se acostumbra usted a vivir tan aislado...?

INDA. Con franqueza, no, señora... Tengo que reñir con

alguien, si no no soy yo, no estoy tranquilo. Qué quiere usted que le diga, no estoy tranquilo. Pero, en fin, de eso ya hablaremos usted y yo. Y, sobre todo, que acabo de merendar y no quiero que se me indigeste... Porque recordar a mi yerno... *(Entra Librada con un niño en brazos.)*

LIBR. Traigo al niño.

INDA. Nada, esta Librada... No se lo he dicho a usted que los niños para sus padres.

LIBR. Pues por eso le traigo. Estaba la criatura llorando como un desesperao... La muchacha no conseguía que callara... Me acerqué yo y le dije: vamos a ver a mamá; y el chiquillo como por ensalmo se calló, y mirándome sonriente parecía que me daba las gracias. ¡Qué chico! ¡Qué talento tiene! ¡Sale al padre, señorita, sale al padre!

INDA. ¡Al abuelo, señora! Va usted a conseguir que se me indigeste la merienda. *(Van a coger el niño las mujeres, pero don Indalecio se interpone y lo coge en brazos.)*

INDA. ¡Cuidado! Sin manosear mucho.

PACH. ¡Hijo! ¡Guapo!

EST. ¡Qué bonito eres, pequeñín!

INDA. Bueno ¿y por qué no se le quitan ya los faldones? ¿No he dicho que me molestan?

PACH. Es pequeño todavía.

INDA. No es pequeño.

PACH. Y dice Quinito...

INDA. ¿Quién es Quinito?

LIBR. Su padre, señor, su pabre.

INDA. Aquí no hay padre que valga... Aquí no hay más padre que yo... Indalecito, rico... ¿A quién te pareces tú?

LIBR. A su padre.

INDA. Señora... No la tolero a usted groserías. ¿De dónde saca usted que se parece a su padre?

LIBR. De mis ojos que todavía ven claro... Y aunque usted se empeñe en negarlo y se enfurruñe, se parece a su padre. Ya estoy yo cansada de ver

y oir que todos le dan la razón porque tiene usted mal carácter.

INDA. ¡Librada!

LIBR. Nada, ya está dicho. Y mucho más natural es que se parezca al padre que al bruto de su abuelo... ¡Vaya!... Ya estoy tranquila. *(Sale.)*

INDA. *(Que se ha quedado de una pieza mirando a la puerta por donde ha hecho mutis Librada. Dice muy natural.)* ¡Bruto! ¡Bruto un hombre que está leyendo a Schopenhauer!

PACH. ¿Ves, papá, a lo que conducen tus nerviosidades?

EST. No; tiene muy poca gracia que Librada se permita esas libertades. Ya hablaré con ella y le aseguro que no volverá a cometer semejante indelicadeza.

INDA. No, déjela usted, si me lo dicen también en el Casino y me hace mucha gracia... Ahora, que Librada, a pesar de que es muy franca, no suponía que se atreviese... Pero, en fin, peor sería no verlo.

QUIN. *(Entrando conforme ya lo ha descrito don Indalecio.)* Buenas tardes.

PACH. Hola, Quinito...

QUIN. ¿Que tal Estefanía?

EST. Muy bien. Vaya un día ¿eh?

QUIN. Pues a pesar de eso no se ha desaprovechado del todo *(Saludando a don Indalecio.)* Buenas tardes don Indalecio.

INDA. *(Displicente.)* Caballero... *(Mirando al niño.)* Cuando recuerdo que se apellida Peñasco, ¡me entran unas ganas de acogotarlo!

PACH. ¡Por Dios! *(Quinito que se ha dado cuenta mira indignado a don Indalecio.)*

EST. *(Cogiendo al niño.)* Así era mi Andresín...

INDA. ¡Qué madraza hubiera sido usted!

EST. Ya lo fuí con mi hermano... y siento la tristeza de que ya nunca más podré tenerlo así, entre mis brazos.

INDA. ¡Me enamora esta mujer! Tenemos que hablar Estefanía. *(Se vuelve para disimular la extrañeza de ella.)*

Est. Cuando usted quiera, don Indalecio. *(A Quinito.)* ¿No se ha mojado mucho?

Quin. No. Me he guarecido en una venta... y aprovechando los claros he conseguido, a pesar de todo, diez codornices.

Inda. En la venta.

Est. Vamos, y luego te quejarás de tu marido ¿eh?

Pach. No, yo no me quejo... pero ¡qué necesidad tenía de molestarse!...

Quin. Pero si de lo que no te quieres convencer es de que paso el día mucho más distraído que jugando al tresillo... o sentado en la terraza del Casino perdiendo el tiempo estúpidamente...

Inda. Pues yo soy un estúpido, señor mío.

Quin. No he querido aludirle.

Inda. Ni yo se lo hubiera tolerado, caballero.

Quin. Bueno, querido suegro, no tengo ganas de discutir.

Inda. Discutiría usted solo, señor cazador.

Quin. *(A Pachita.)* Te habrás convencido de que cada día está más cernícalo.

Inda. *(Dándose cuenta de que le habla a Pachita.)* No, no se moleste usted en decirle a mi hija que soy inaguantable, pues nada me tiene que aguantar, porque no pienso volver a vivir con ustedes... Vivo muy a gusto en las afueras.

Est. Bueno, estas discusiones de ustedes son muy graciosas. Yo no creo que se tengan ustedes esa antipatía al cabo de dos años.

Inda. Si no fuera porque me ha traído a este pequeño.

Quin. Y que se le puso el nombre del abuelo por indicación mía... me parece que más cordialidad...

Inda. Querido... No sea adulador, porque no transijo...

Quin. *(Cogiendo al niño violentamente.)* Bueno... Se acabó... Venga el niño. Pachita, al principal. Ya es hora de que yo tenga carácter... Perdone, Estefanía... Hasta otro rato... Y usted a *robinsonear* todo lo que pueda. ¡Ya es hora de que yo tenga carácter! *(Se va, llevándose por delante a Pachita.)*

Inda. ¿Ha visto usted que heroico? Lo que he dicho:

un legionario con muy poca correa, aunque lleva encima una guarnicionería.

EST. Verdaderamente, el muchacho hace cuanto puede por atraerle a usted.

INDA. No, no... A mí no se me olvidan los anónimos tan fácilmente.

EST. ¿Ha dicho usted que tenía que hablarme?

INDA. Sí, tengo que hablarla. *(Tras de una pausa.)* ¿Qué nota usted en mí?

EST. ¿Cómo?

INDA. Vea... Botines... Clavel en el ojal... El bigote rizado...

EST. Sí, sí; está usted más joven.

INDA. Estoy más joven; usted lo reconoce ¿verdad? Pues bien, Estefanía; yo estoy molesto con que la gente crea que soy bruto.

EST. Nadie lo puede creer con razón.

INDA. Pues lo creen, sí, señora. ¡Y ya me he cansado yo! Le voy a hacer a usted una revelación. *(Pausa.)* Yo he leído a Schopenhauer.

EST. *(Casi sin poder contener la risa.)* ¿Qué me cuenta usted?

INDA. Le cuento que yo he leído a Schopenhauer, sí señora. No soy tan bruto ¿eh? Bueno; pues ya me he enterado de que la mujer es un animalucho—y usted perdone—un animalucho de ideas largas y cabellos cortos.

EST. ¡Por Dios, qué cosas dice usted!

INDA. No, no se asuste usted. Que voy a parar a otra parte. Yo he sacado la consecuencia de que Schopenhauer, el famoso *químico* alemán, no usaba calcetines.

EST. ¿Cómo?

INDA. Porque a él no le haría falta la mujer... Pero yo, solo y viviendo en las afueras, tengo que llevarle la contraria... Si uno no apechuga con la señora ¿quién le zurce a uno los calcetines?

EST. ¡Qué puerilidad!

INDA. No lo crea usted. No es tan puerilidad como parece... Muchos hombres transigen con la señora por esos pequeños egoísmos. Como usted es una

mujer desinteresada, no concibe esas pequeñas miserias. Pero yo soy un hombre franco, y por si esto fuera poco, soy viejo—aunque hoy tenga aspecto juvenil—y ya se traducir el amor. Cuando ese cazador que se acaba de marchar me pidió la mano de Pachita, me dijo: Yo adoro a Pachita. Pero, no; me quería decir: Yo adoro los calcetines bien zurcidos.

EST. ¡Por Dios!

INDA. Sí, Estefanía. La vida es una mueca grotesca. No se asombre porque yo haga frases. Si yo escribiera un libro... Ríase usted de Schopenhauer y de García Alvarez. Y, en fin, vamos a lo importante... Estefanía, a pesar de mi redondez y de mi calvicie, todavía late aquí un corazón lleno de ternuras. *(Hecho arrope.)* Lo que me encantaría que usted me zurciese los calcetines.

EST. ¿Qué quiere usted decir?

INDA. No sería ninguna locura. Y respecto a mi carácter... Reconozco que soy un poco agrio, pero no viendo a mi yerno y ayudado por el amor, es casi seguro que me convertiría en un ser racional. Son muy franco, ya lo sabe usted.

EST. ¡Don Indalecio!

INDA. Nada, nada... Nosotros podemos ser felices. Yo solo, en las afueras... Y usted, sacrificada por su hermano en la soledad de este caserón. No hay mal en lo que yo la ofrezco. El sacrificio de usted, no es justo... Esos sacrificios para las novelas.

EST. Don Indalecio, gracias, muchas gracias.

INDA. Sin gracias... Nuestra soledad no beneficia a nadie... Medítelo.

EST. Ya está bien meditado. Hace mucho tiempo que renuncié a todas las alegrías de la juventud. Y hoy ya no es posible recuperar la felicidad que los años se han llevado. Lo que usted me ofrece por un impulso de piedad, más que por un impulso de amor, no puedo aceptarlo. Perdóneme, no me oblige a darle razones que serían indiscretas.

INDA. No esperaba yo estas calabazas, pero en fin... *(Quedan los dos en silencio, y se oye el piano.)*

¿Oye usted? Pachita toca el piano, seguramente para endulzarle la vida al atún de mi yerno... Críe usted a una hija, edúquela como a una princesa... Y vea usted cómo se la lleva un zangolotino con americana entallada... ¡Le digo a usted, guardia!... En fin, me voy a las afueras. *(Entra Librada.)*

LIBR. Si me hubieran dicho que iba a ver lo que estoy viendo... ¡Jesús! ¡Jesús!

INDA. Bueno, se me están poniendo los pelos de punta... Porque ésta habrá escuchado detrás de la puerta.

LIBR. ¡Virgen de la Misericordia!

INDA. ¡Por Dios, Librada! ¿Quién se ha matao?

EST. Hable usted de una vez.

LIBR. Acaban de llegar... ¡Jesús me valga!

EST. ¿Quiénes?

LIBR. ¡Andrés y la señorita María Elena!

EST. ¡Andrés! *(Pausa.)*

INDA. *(Ahogándose.)* Esta mujer me ha puesto los nervios de punta.

LIBR. No haga usted aspavientos.

INDA. ¿Qué no haga aspavientos? Y usted ¿qué ha hecho, señora?

EST. ¡Andrés! *(Estefanía se acerca a la puerta en el momento que se presentan Andrés y María Elena. Se abrazan en silencio.)*

EST. ¡Hijo! ¡Qué alegría! Te he esperado durante dos años todos los días. ¡Qué feliz soy!

AND. ¡Estefanía!

LIBR. Déjeme usted, señora... Que yo no soy menos... *(Le abraza.)* ¡Andresín!

EST. *(Dando la mano a María Elena.)* ¿Cómo estás?

M. EL. Bien... ¿Y tú?

INDA. Bueno, soy un sentimental... Me ha conmovido esta escena de familia.

AND. Don Indalecio, vengan esos brazos...

INDA. Ven aquí, mamarracho... Ya era hora de que asomaras los hocicos por esta casa.

LIBR. Don Indalecio tan fino como siempre...

INDA. *(A María Elena.)* Señora, a sus plantas...

EST. ¡Qué! Tomaréis algo ¿verdad? Os quedaréis hasta mañana...

AND. No... Deja... Venimos en el automóvil, y nos marchamos esta misma noche...

LIBR. ¿Cómo se entiende?

AND. Sí, ama Librada... Hemos venido a veros. María Elena ha insistido varias veces... ¿Por qué no vamos a la casona...? ¡Dos años sin vernos...!

EST. Has necesitado que insistiera María Elena...

AND. ¡No! Me ha impulsado también mi voluntad, Estefanía... Después de todo... *(Pausa en la que sin decirlo muestran los cuatro la violencia de que esté presente en este momento don Indalecio)*

INDA. ¡Jé, jé! ¡Jé, jé! ¿Qué? ¿Estorbo?

TODOS. ¡Por Dios!

INDA. No... Con franqueza... Ustedes me echan, y yo me marcho.

EST. Por Dios, don Indalecio, usted no es un extraño para nosotros.

INDA. ¡Claro! Ya lo estaba yo pensando... No soy un extraño ¡qué porra!

AND. Bueno. Quisiera lavarme... Refrescarme un poco... ¿Qué, Librada, puede ser?

LIBR. No ha de poder ser... ¡Andresín! Y estás muy guapo... Al cabo de dos años no has cambiado nada...

INDA. ¡Cómo iba a cambiar en dos años...!

AND. Perdonen un momento, ¿eh?

INDA. Voy, voy contigo, Andrés. Tenemos que hablar. Tengo que contarte muchas cosas... Vivo en las afueras, ¿sabes? Solo, como una fiera...

LIBR. ¡Qué posma de hombre! ¡Y se meterá en el baño. *(Vanse los tres. Quedan frente a frente Estefanía y María Elena, que no se atreve a hablar.)*

EST. ¿Usted? ¿Usted en mi casa?

M. EL. *(Corriendo hacia Estefanía.)* Estefanía... Mi pobre hermana... Sacrificada por mí. *(Llora a los pies de Estefanía.)* He venido a pedirte... A pedirla perdón... A suplicarla de rodillas que vuelva a nuestro lado. He conseguido de Andrés que olvidara lo pasado...

EST. ¡Lo pasado...! Y ese pasado se refiere a mí... A mí que únicamente he vivido para la felicidad de mi hermano... Y por esa misma felicidad he de resignarme a que Andrés perdone y *olvide mi culpa*... ¡Triste situación la que usted impone a mi vida! ¡Tener que callar para que él sea feliz! *(Se miran sin hablarse.)*

M. EL. Estefanía... Perdón, perdón... ¿Me perdona usted?

EST. ¡No! Yo no sé mentir. Sólo he mentido una vez para salvar a mi hermano del suicidio, y ¡ya ve usted si expío esa mentira! Pero a usted no tengo por qué engañarla. No puedo perdonar. Váyase, váyase pronto de mi casa y... si sabe... ¡Cumpla con su deber!

M. EL. Todo ha cambiado. Desde hace dos años no vivo más que para Andrés. ¡Para él que no dudó de mí! Pero yo necesito su perdón.

EST. ¿Para qué?

M. EL. Porque su sacrificio es mi castigo.

EST. ¿Y puede aliviarse en algo mi sacrificio al perdonarla a usted? No, María Elena, no; lo que usted busca es su tranquilidad de conciencia con mi perdón, pero usted ignora que su vida no está completa... No porque carezca de mi piedad, sino porque el recuerdo de su culpa vive perenne en su memoria. El pecado es lo que una herida en la carne; se cierra con el tiempo, no duele, no es ya herida... Pero es cicatriz. Queda la señal imborrable. Así, en el recuerdo queda el remordimiento, que no es ya dolor, pero es algo que ni el tiempo, ni todas las palabras que significan perdón, indulgencia... misericordia... pueden borrar. ¿Cree que es mi bendición lo que usted necesita? Pues bien, no es eso. Es... Algo irreparable lo que usted necesita reparar, y eso... ¡Eso...!

M. EL. *(Apesadumbrada.)* Puede usted acusarme, sí.

EST. Yo no le acuso a usted más que de haberme arrebatado a mi Andrés, a ese hijo de mi corazón, que usted ha trocado en mi enemigo. ¡Ya es bastante...! Déjeme, déjeme, María Elena. *(Pausa*

en la que Estefanía va a marcharse. María Elena como movida por una idea, dice rápida:)

M. EL. Pues bien, deme usted esas cartas. Las quemaré aquí mismo. Que no quede nada del pasado...

EST. *(Indecisa.)* No, María Elena, no. ¿Destruir esas cartas?... ¿Para qué?

M. EL. Para que nada recuerden... Démelas usted, se lo suplico.

EST. ¿Dárselas?... ¡No! *(Tras de una pausa.)* Son mías. Creía tener un hijo y mi maternidad fué un fracaso... usted me lo arrebató. Quise tener una hermana y hallé en usted un enemigo, que se burló de mis consejos. Ahora que a costa de tanto dolor, de tanto abandono, poseo unas cartas que me hablan de amor... de horas venturosas, de tanta y tanta felicidad ¿va usted a arrebatármelas también?... No, eso no. *(Queda sentada con los ojos fijos en el suelo. María Elena se arrodilla ante Estefanía y la besa lárgamente en las manos sin que ésta deje ni por un momento su actitud. Pausa)* ¿Perdonar, perdonar?... *(Pausa.)* Sí, te perdono, te perdono con todo mi corazón. *(Se oye el piano otra vez. Entran Librada, don Indalecio y Andrés.)*

INDA. Sí, es Pachita, que está endulzando la vida a mi yerno. ¡No he podido llevarme el piano! *(Don Indalecio va al foro y escucha la música. Estefanía, María Elena y Andrés forman un grupo.)*

EST. ¿Vosotros sois felices? Contestadme.

ANDR. Sí.

M. EL. Sí.

EST. Pues ya basta con eso para que yo lo sea. Aquí estoy bien... *(A Andrés.)* Ven a verme alguna vez, y no te olvides de esta casona, que fué el cobijo de nuestra infancia limpia, pura y clara... No te olvides de esta casona, que guarda el recuerdo de nuestra madre, Andresín, ¡hijo...!

ANDR. ¡Estefanía!

M. EL. ¡Hermana! *(Librada que ha observado a don Indalecio le dice:)*

LIBR. ¿Qué hace usted ahí como un pasmao?

[NDA. Todo me dice que yo soy un hombre de hogar. *(Mira a Librada como si se le hubiese ocurrido una idea formidable.)* Librada... ¡Tenemos que hablar...!

[IBR. Usted dirá.

[NDA. *(Transición.)* Pero, no; ésta no me conviene. Y es muy posible que tampoco quisiera vivir en las afueras. Decididamente, a mí no hay quien me zurza los calcetines.

TELON

Precio: 3,50 pesetas.